

Marguerite lleva el vestido rojo de sus pesadillas. El Prisionero-Violinista camisa, pantalón, tirantes, botas raídas de los años '40.

Es la espera. La imagen de la espera. La espera de todas las mujeres que, durante la guerra, aguardaron a que sus seres queridos, esposos, padres, hijos volvieran del frente, de los campos de concentración.

INICIO

ESCENA 1. LA PESADILLA

*En una pantalla al fondo de la escena, vemos proyectada la imagen de una mujer con un vestido rojo, que camina por el medio de un bosque completamente calcinado. Los trocos de los árboles son negros. El suelo sólo cenizas. Ella camina lentamente. Se escucha un violín que toca *Après un rêve* de Gabriel Fauré. MARGUERITE está de espaldas, con los brazos levantados, como queriendo saltar la alambrada. Poco a poco se ilumina la escena. Al principio solo vemos siluetas. MARGUERITE camina lentamente, lleva un vestido rojo. A medida que la luz sube ella comienza a apurar el paso hasta correr de un lado a otro. De pronto se queda clavada mirando fijo hacia adelante, avanza despacio. Nos relata su pesadilla como si fuera un cuadro que ve frente a sus ojos.*

MARGUERITE: Los troncos negros, las ramas negras, todo el suelo cenizas. Rastros del incendio. Ni una sola hoja verde, ni una rama, ni un tronco florecido. Montes negros de cenizas, uno detrás de otro. Y a la hora del atardecer

el rojo apocalíptico del cielo. Voy caminando en medio del bosque negro. Mis pies se hunden, se arrastran, se ahogan de cenizas. Llevo un vestido rojo, apocalíptico, color cielo. Los hombros desnudos y una cola larga como traje de novia. Llevo un ramo seco entre las manos. Un ramo rojo. Un ramo negro. Un ramo rojo y negro. (*Se golpea el borde de las manos como si llevara un ramo en ellas.*) Y siento el sonido del silencio entre las cenizas. Un silencio que son gritos de niños y de mujeres. Gritos que cantan una canción de cuna destemplada. (*Canta una canción infantil francesa.*) Corro hacia ellos. (*Corre de espaldas.*) Intento buscarlos. Ensayo encontrarlos. (*Hace el gesto de abrazar a alguien.*) Pero solo levanto cenizas con el borde del vestido cenizas que no llegan a ser más que polvo de hombres y mujeres muertos. (*Se sacude las cenizas de la cola del vestido.*) De árboles muertos. De animales muertos y yo sola en medio de nada. La única mujer viva. (*Ve la fotografía del bosque quemado.*) La única rama viva colgando de un árbol negro. (*Desaparece la imagen. Se sienta.*) Esperando el atardecer para eclipsarse.

Se sienta extenuada en la silla, cabeza abajo.

La cabeza me da vueltas. Del revés. Todo está del revés. Espero y ya no sé qué espero. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Un mes. Un año. Miles de años. Una vida. Mi vida. ¿Existió esto que una vez fue mi casa? ¿Tuvimos esperanza en la vida? ¿Sentí la libertad y el deseo de ser feliz, libre, confiada, amada? (*Se sienta en el suelo.*) ¿Existió Robert alguna vez? La idea de Robert, el hombre que fue Robert para mí. Solo tengo esa cruel sensación de que no hay nada más que estar. Permanecer siempre en el mismo sitio y del mismo

modo. (*Pausa. Hace tres fotografías de esperar apoyada aquí o allá. Mira el reloj. Suena el violín. Es una música llena de tedio, de silencios.*) Sentada frente a un reloj que no funciona. Un reloj detenido. No pasa el tiempo. O sí, pasa, pero es como si fuera el mismo. Un reloj detenido por el que pasa el tiempo. Un reloj que marca, dos veces al día, la hora exacta. No sabe marcar otros minutos ni otros segundos que los exactos. Dos veces al día. La misma hora. Exactamente dos veces al día. (*El violín va abandonando los silencios. MARGUERITE se pone de pie.*)

ESCENA 2. ESPERA 1

MARGUERITE: Conozco de memoria cada esquina de esta casa. Esta casa que me es tan odiada. Aquí la silla, allá la mesa, el teléfono, la alfombra. (*Va indicando los objetos. La voz y el violín van en crescendo.*) La Silla, mesa, teléfono, alfombra. Silla, mesa, teléfono, alfombra. Silla, mesa, teléfono, alfombra. Silla, mesa, teléfono, alfombra. (*Silencio. Se detiene y señala.*) Al fondo la puerta de entrada. Y detrás la escalera oscura y curva que lleva de un piso, a otro y a otro hasta la puerta principal y de ahí a la calle. Espero una llamada, pero tal vez él podría llegar. (*Imagina que Robert llega.*) Tocar la puerta de casa y decir: «Soy yo». Sería simple, sería hermoso que de pronto, después de un año Robert me dijera: «He vuelto» como si se tratara de un viaje, su piel podría venir dorada por el sol, y su pelo duro por la sal del mar. Podría traer los bolsillos llenos de arena. Y yo le diría. «¿Te han tratado bien?». Y él no sabría de qué le hablo y me diría que las velas se hinchaban con la brisa.

Y yo le diría «¿Te daban de comer?». Y él me contestaría que se está tan bien cerca del mar. Y yo le diría «¿Cómo son? Quiero saber. ¿Cómo son los barracones?». Y él me diría que tendríamos que ir al mar. A Robert le encanta el mar. Es feliz a la orilla del mar. Su pelo suelto se despeina con la brisa. Cuando lo recuerdo frente al mar siento que podría volver a amarlo.

Pero ahora quisiera que llamara a esa puerta y dijera «Abre Marguerite soy yo, Robert». «Vengo a salvarte de la espera.» «Vengo para que dejes de pensarme.» «Vengo para que me dejes morir.» (*Suena el teléfono-violín.*)

ESCENA 3. ESPERA 2

MARGUERITE: (*Avanza hasta la mesita con ansiedad. Coge el teléfono.*) O podrían llamar por teléfono y decirme que está ahí, que lo han encontrado. Que no está bien pero que se repondrá. Que no hay nada que temer. Que es solo cuestión de tiempo que llegue a París. (*Suelta el teléfono en el suelo.*) Entonces tal vez podría arreglar un poco la casa. Tirar la alfombra, quizás. Odio esta alfombra. Está vieja, fea, sucia y pica. Cuando me siento me pican las piernas. Seguro que tiene pulgas atrapadas entre los hilos. Sin poder salir, sin poder saltar. Pulgas con las patitas pegadas a los hilos de la alfombra, por eso solo pican cuando me arrodillo. (*Comienza a rascarse.*) O cuando me siento. (*Se sigue rascando.*) O cuando me tumbo. (*Cae al suelo rascándose compulsivamente. De pronto se arrodilla y queda mirando fijo el auricular del teléfono.*) O podría romper el teléfono. Olvidar ese teléfono. No esperar más

a que suene ese teléfono. (*Se tapa los oídos.*) No esperar nada. Ser una mujer que no espera nada. (*Se calma. Gira por el suelo.*) Sería maravilloso, no esperar nada. No querer nada. Estar simplemente frente a la vida. Ver cómo pasa. Sentirme satisfecha, plena. Plena de nada. (*Tendida.*) Tomar un café como si nada. Oír alguna música como si nada. Pero no. Un café es el sinónimo de la espera. (*EL PRISIONERO camina y golpea con el jarro en la reja con la monotonía del segundero de un reloj.*) Entramos en un bar y pedimos un café, para detenernos, para esperar. Cuando uno queda con alguien normalmente pide un café mientras espera. El café son dos tiempos. La primera mitad se bebe caliente, rápido, cómo para apurar el tiempo. La segunda fría. Mientras se consume el cigarrillo entre los dedos. Mientras se espera al amado. Es para creer que en realidad no ha pasado tanto tiempo, que no se ha cumplido ni el tiempo de un café. La mitad que se enfría es para compartir con el que se atrasa. Cuando este llega, se sienta y repite la misma acción. Apura la primera mitad del café caliente, y la segunda es para esperar el cigarrillo. En esta secuencia hacemos ver que el tiempo no importa. Que está ahí para perderlo. Estamos siempre sentados en una terraza, frente a una taza de café, esperando que pase la vida.

EL PRISIONERO da fuertes golpes con el jarro en la reja y desaparece. MARGUERITE corre hacia el fondo de la escena, mira pero no ve a nadie. Se gira y de pronto una imagen con ojos de deportados invade la escena. Extiende la mano para coger una. Los ojos invaden todo su cuerpo.

Hoy no. Hoy estamos volcados a que un hombre llegue. A que cientos de hombres lleguen desde el infierno a París. Los hombres vuelven del infierno con la mirada perdida. Pupilas enormes de rata asustada. Pupilas enormes dentro de ojos pequeños. *(Una luz de flash la enceguece. Suena el violín.)* No saben contabilizar un día. No saben cuándo es de noche. Sus ojitos de rata asustada ya no ven nada.

El violín toca una música de Schumann Primer dolor op.68. Es el leit-motiv de Robert.

Y Cada música. Cada música es tiempo que pasa. Cada nota es un fragmento de tiempo en el que Robert no está. En el que tengo que guardar luto por él. Por el marido perdido en algún campo de refugiados nazi. El marido envuelto en el halo romántico del no ser. No ser vivo, ni ser muerto. *(Silencio.)* No ser nada. Como cientos de mujeres que no son nada. Las mujeres que esperan no son nada. No somos nada. Somos cuerpos que caminan por las calles de París. *(Coge el auricular del suelo.)* Somos cuerpos que esperan en la estación de Orsay. Somos insomnio y desvelo en espera de noticias. *(Cuelga el teléfono. Pausa.)* Somos gritos que gritan un solo nombre. El del marido. El del hijo. El del padre. Son gritos de hombres muertos. Nombres que no dicen nada. Nombres que no hacen referencia a ningún miembro. Nombres que no son brazos. No son piernas. No son cerebro, ni huesos. *(Intenta pronunciar el nombre de Robert pero no puede.)* Ro, ro, b, ert, rob, ert, Robert. Robert no quiere decir nada. *(Se sienta al borde de la silla.)* Robert me recuerda a una sonrisa. Un beso ya perdido. Una mano que me cogía fuerte de la cadera para entrar, para penetrarme, para tenerme. Robert era un olor: Olor a

Robert. *(Huele el aire intentando evocarlo.)* Y una mirada, intensa, extraña. Una mirada que trataba de adivinarme, de entender. Corro a la puerta. La abro para que Robert entre. Para que me libere. Pero detrás de la puerta no hay nada. Nada. *(Pausa. Camina hacia la puerta.)*

En la calle solo hombres y mujeres vulgares, que se giran a mirar cuando abro la puerta y grito tu nombre. Miran con indiscreción, con impudicia. *(Se dirige al público.)* Miran como intentando saber, indagando quien soy. Cómo me visto, dónde vivo, a quién espero, si sufro o he sufrido. Si he comido hoy o si me he duchado. Si los zapatos son viejos o el abrigo está raído. Son miradas penetrantes. Miradas que te registran para saberlo todo.

ESCENA 4. EL ODIOS Y PARÍS

MARGUERITE: *(Con ironía.)* Odio a los hombres. A los hombres y mujeres en su vulgaridad cotidiana. *(Rabia crescendo.)* Odio su deseo de hacerse notar, de mostrarse importantes. Odio su ego. Alzan la voz. Hacen ruido. Chillan. Chillan por las calles como ratas en las alcantarillas. Maúllan como gatos en celo. Discuten como perros rabiosos. *(Va a la lámpara y comienza a encenderla y apagarla obsesivamente.)* No tienen un comportamiento humano porque no saben respetar lo humano. Odio la raza humana por lo que tiene de baja, cruel y miserable. Por lo que tiene de indigna y egoísta. *(Suelta la lámpara. Y se dirige a público.)* Es la envidia la que gobierna su espíritu. La envidia y los celos. Esto es mío, y lo que está ahí también es mío y lo que tú tienes quiero que sea mío. Lo guardo todo para mí aunque

se pudra. (*Se gira.*) Odio la raza humana por lo que tiene de no humana. (*Vuelve a la lamparilla.*) Cada hombre, cada mujer solo mira por sí mismo. A sí mismo. Y en esa contemplación se pierde. Perdidos dentro de sí mismos han perdido lo más humano: la humildad de ser otro. De dar su amor a otro. Su fe a otro. No hay nada más inhumano que un humano. (*Apaga definitivamente la luz de la lamparilla.*)

Pausa. Se acerca a la ventana y mira el movimiento de París.

La calle sigue en movimiento como un cuerpo cansado. Las mujeres caminan por las calles arrastrándose como gotas de sangre por las venas. Suben y bajan recorriendo el cuerpo de París para darle vida. Para creer que no estamos muertos. Pero París respira con dificultad. La dificultad de un niño asmático. Hay que salvarlo de la muerte. Hay que librarlo de morir. El movimiento continúa. Arriba, abajo. (*Camina como si estuviera en la calle y le pregunta a la gente que pasa.*) ¿Noticias? ¿Hay notic...? ¿Hay alguna noticia? ¿El tren...? ¿Ninguna noticia? (*Ve pasar a una mujer, se detiene mirándola.*)

Una mujer se acerca corriendo a un muchacho y le habla, el joven parece no comprender, entonces la mujer le muestra una cámara de fotos y se la pone en las manos. El muchacho la mira sin comprender. (*Es el muchacho, adopta su gestualidad.*) La mujer hace gestos amplios con los brazos. Parece una loca. Se sube sobre unos escombros y posa. Posa como si estuviera frente a un monumento, agita el pelo y sonrío. El muchacho se acerca lentamente la cámara a la cara y mira por el objetivo. (*Mira y dispara el obturador.*) La mujer mueve la cabeza feliz, agradecida,

con gestos rápidos, extraños, exagerados como una película muda. El muchacho se queda estático, frente a los escombros mientras la mujer se aleja feliz con su cámara de fotos. (*Vuelve a la ventana.*) Escenas así veo pasar desde mi ventana. Gente que corre despavorida, desesperada o en calma, con la mirada perdida. Extraviada. Sin dirigirse a ningún lado, deambulando por ahí. O mujeres locas de alegría por una foto frente a un bombardeo. Es extraño saberse en medio de todo esto. (*Pausa.*)

ESCENA 5. TIEMPO Y ESPERA

MARGUERITE: (*Corre hacia el teléfono y llama.*) ¿Hace cuanto tiempo que se llevaron a Robert? ¿Un año ya? Menos. Fue el primero de junio de 1944. Diez meses. ¿Cuántas veces tienen que pasar las manecillas del reloj por el mismo sitio para que sean diez meses? ¿Cuántas veces tienen que pasar los días por mi reloj inmóvil para hacer diez meses? Diez meses son toda una vida imaginando a Robert muerto. A Robert tendido a la orilla del camino.

Podría sonar el teléfono y decir: «Hola, soy yo. Robert.» Me costaría reconocer su voz. Pensaría que miente. «¿Quién es?» «Hola, soy yo. Robert.» Entonces comenzaría a temblar. No podría decir palabra. No diría nada. Solo escuchar la voz de Robert, una voz desconocida diciendo: «Estás ahí, ¿Marguerite, estás ahí? Marguerite, Marguerite.» Y diría mi nombre y yo no podría contestar, no podría porque odio mi nombre. ¿Qué es un nombre ahora? Miles de nombres en las listas de deportados. Nombres de hombres muertos. Yo no tengo nombre. No sé que es un nombre. Diría